

Fayette engañaba al pueblo, Mirabeau tenía relaciones culpables con la corte. Creo que ha recibido de Tolon una suma de cuarenta y ocho mil libras; pero cualesquiera que sean los indicios y la persuasión en que estoy de estos hechos, no tengo pruebas. Se ha visto un plan de Mirabeau para que el rey marchase á Rouen; es cierto que iba con frecuencia á Saint-Cloud, y que había allí conferencias secretas. Por estos motivos no asistí á los honores que se hacían á su féretro.»

XVI.

Agitado el pueblo, entretanto por el temor de la escasez y de la invasión, se impacientaba con la lentitud de la Asamblea, se reunía en grandes grupos á sus puertas, diciendo que ni el trigo se presentaría en los mercados, ni la victoria en las fronteras hasta que la muerte de Luis XVI hubiese espionado sus maldades y quitado la esperanza á los logreros y á los conspiradores. Grupos tumultuosos fueron á las inmediaciones del Temple, y amenazaron con forzar la prisión para sacar de ella á los prisioneros, y estas agitaciones sirvieron de pretexto al partido de Robespierre para pedir el fallo sin juicio y la muerte inmediata.

La Convencion nombró veinte y un miembros para redactar las preguntas que se debían hacer á Luis XVI, y su acta de acusación. Decidió además que el rey se presentaría en la barra para oír la lectura de aquella acusación, que se le darían dos días para responder á ella, y que al día siguiente en que hubiese comparecido y respondido se pronunciaría sobre su suerte por llamamiento nominal de todos los miembros presentes.

Lanzándose Marat á la tribuna despues de la lectura de este decreto, denunció á Roland y á sus amigos de

causar sistemáticamente el hambre del pueblo, para de este modo hacer que cometiese escesos; y despues volviéndose inopinadamente hácia Robespierre y Saint-Just dijo: «Se trata de que los patriotas de esta Asamblea tomen medidas inconsideradas pidiendo que votemos por aclamacion la muerte del tirano; pues yo os invito á la mayor calma, es necesario pronunciar con prudencia.» (La Asamblea se admira, los diputados se dirigen unos á otros miradas que indican la duda de lo mismo que han oido). Marat, levantando mas la voz, continúa con gravedad. «¡Si, no preparemos á los enemigos de la libertad el pretexto de las calumnias atroces que harían llover sobre nosotros, si nos abandonásemos con respecto á Luis XVI al solo sentimiento de nuestra fuerza y de nuestra cólera. Para conocer los traidores, porque los hay en esta Asamblea (muchas voces: ¡nombradlos!), para conocer con certeza los traidores, os propongo un medio infalible, que es que se publique el voto de todos los diputados sobre la suerte del tirano.» (Los aplausos de las tribunas no cesan hasta que Marat vuelve á su asiento).

XVII.

Con motivo de la denuncia de un tal Aquiles Viard, aventurero que buscaba su importancia en las relaciones equivocadas con todos los partidos, Chabot acusó á los girondinos, y especialmente á madama Roland, de entenderse con Narbonne, Malouet y otros constitucionales refugiados en Lóndres, para salvar al rey é intimidar á la Convencion con una reunion de diez mil republicanos moderados que no querían la muerte del tirano. Esta conspiracion imaginaria soñada por Chabot, Bazire, Merlin y algunos otros miembros exaltados del comité de vigilancia de la Convencion, ocasionó una escena de in-

vectivas entre los dos partidos, en la que las palabras, los gestos y las miradas envilecieron la dignidad de los representantes de la república al nivel del tumulto mas abyecto.

La lengua cambió desde aquel día como las costumbres, tomó la aspereza y la trivialidad, que es la corrupción del pueblo, en vez de la blandura y la afectación, que es la de las cortes. La cólera de los partidos reunió para ultrajarse mutuamente, los términos innobles empleados por el populacho; el pugilato habia reemplazado á la espada, y el cercano cadalso se presentaba en las amenazas de los oradores. La sangre de setiembre perdía su color en las discusiones. «Son imbéciles, bribones, infames, exclamó Marat, señalando con el dedo á Grangeneuve y sus amigos.—Antes de todo, dice Grangeneuve, te pregunto: ¿qué pruebas tienes tú de mi infamia?» Las tribunas toman partido por Marat, y se levantan llenando de imprecaciones á los girondinos. «Haced mirar en el lado derecho, dice Montaud, si aun no están allí Ramond ó Cazalés.—Yo me atrevo á probar, contesta Louvet, que Catilina está en el vuestro.—Los hombres puros no temen la luz, dice Marat.—Ni se ocultan en los subterráneos, le responde Boileau.» Se decidió que dos comisarios acompañarian á Marat á su residencia para asegurarse de que no alteraria las piezas, bases de su denuncia. Se designa para esta mision á Tallien, amigo de Marat, y á Buzot, su enemigo. «No creo, dice Buzot con un gesto y un acento de desprecio, que la Convencion tenga el derecho de mandarme ir á casa de Marat.»

XVIII.

Madama Roland, llamada por la Convencion para ser careada con su acusador Viard, se presenta en la barra en medio de estos tumultos y de estos mútuos ultrajes.

El aspecto de una muger jóven, bella, gefe de un partido, reuniendo en sí las seducciones de la naturaleza al prestigio del genio, avergonzada y altiva á la vez de un papel que la daba tanta importancia en la república, inspira el silencio, la decencia y la admiracion en la Asamblea. Madama Roland se esplica con la sencillez y la modestia de una acusada, segura de su inocencia, y que desdena confundir á su acusador por otros medios que por el brillo de la verdad. Su voz conmovida y sonora tiembla en medio del atento y favorable silencio de la Asamblea. Aquella voz de muger, que por primera vez sucede á los roncós clamores de hombres irritados, y que parece dar una nota nueva á los acentos de la tribuna, añade un encanto mas á la graciosa elocuencia de sus espresiones. Viard, convencido de impudencia, calla, y los aplausos absuelven y vengan á madama Roland, que sale de la Convencion en medio de las muestras de respeto y de entusiasmo. Todos los diputados se levantan é inclinan á su paso, y ella lleva en su alma y muestra involuntariamente en su actitud, la secreta alegría de haber comparecido en medio del senado de su patria, de haber fijado un momento los ojos de la Francia, vengado á sus amigos y confundido á sus contrarios. «Ves este triunfo, decía Marat á Camilo Desmoulins, sentado cerca de él en la sala, estas tribunas que quedan frias, este pueblo que guarda silencio, son mas prudentes que nosotros.» El mismo Robespierre despreció la ridícula conspiracion soñada por Chabot, y sonrió por última vez á la inocencia y á la belleza de madama Roland.

XIX.

Los girondinos á su vez quisieron cludir el proceso del rey y desafiar á los jacobinos, proponiendo la espulsion

del territorio de todos los miembros de la casa de Borbon, y particularmente del duque de Orleans, Buzot se encargó de proponer este ostracismo. « Ciudadanos, dijo: el trono está derribado; bien pronto el tirano no existirá; pero el despotismo vive todavía, como los romanos que despues de haber echado á Tarquino, juraron no sufrir jamás reyes en su ciudad, vosotros debeis á la seguridad de la república el destierro de la familia de Luis XVI, y si pudiera hacerse alguna escepcion, sin duda que no seria en favor de la rama de Orleans. Desde el principio de la revolucion, el duque de Orleans fijó las miradas del pueblo; su busto paseado por las calles de Paris el mismo día de la insurreccion, presentaba un nuevo idolo; bien pronto fué acusado de proyectos de usurpacion, y si es verdad que no los haya concebido, al menos parece que existian y que se cubrieron con su nombre. Una fortuna inmensa, intimas relaciones con los grandes de Inglaterra, el nombre de Borbon para las potencias estrangeras, el de Igualdad para los franceses, sus hijos, cuyo juvenil y ardiente valor puede fácilmente ser seducido por la ambicion, es demasiado para que Felipe pueda existir en Francia sin alarmar la libertad. Si la ama, si la ha servido, que concluya su sacrificio y nos libre de la presencia de un descendiente de los prisioneros. Pido que Felipe, sus hijos, su muger y su hija sufran en otra parte y no en la república, la desgracia de haber nacido cerca del trono, de haber conocido sus máximas, recibido sus ejemplos, y de llevar un nombre que puede servir de bandera á los facciosos, y que no debe herir los oidos de un hombre libre.»

Esta proposicion apoyada por Louvet, combatida por Chabot, aceptada de nuevo por Lanjuinais, y sospechosa para Robespierre, agitó algunos días la Convencion y los Jacobinos, y se aplazó por lo concerniente al duque de Orleans, hasta despues del proceso del rey. Los girondinos al hacer esta proposición tenian un doble objeto,

querian por un lado acreditarse en el partido violento adulando la pasion del pueblo y hasta su ingrátitud, por un ostracismo mas severo y mas completo que el del rey solo; querian ademas hacer recaer sobre Robespierre. Danton y Marat, la sospecha de una connivencia secreta con el trono futuro del duque de Orleans; si estos demagogos le defienden, decian, pasarán por sus cómplices: si le abandonan tendremos en la Convencion su voto, su persona, su fortuna, y su faccion menos contra nosotros. Petion, Roland y Vergniaud parecia que abrigaban aun otro sentimiento: el de intimidar á los jacobinos sobre la suerte del duque de Orleans, y hacer de su destierro un objeto de negociacion con Robespierre, para obtener en cambio la concesion de apelar al pueblo y de la vida del rey.

XX.

Pero estas impotentes divisiones, estraviaban sin suspenderla, la pasion dominante que siempre se dirigia al Temple. Mientras que los comisarios nombrados por la Convencion llenaban cerca del rey la mision que el decreto les habia encomendado, Robert Lindet, diputado del Eure, una de estas manos, que redactan con impasibilidad y sangre fria lo que las pasiones inspiran á los cuerpos políticos, leyó una segunda acta de acusacion. Decidido el proceso, se disputaba ya sobre la medida de la *apelacion al pueblo*. Los girondinos insistian en pedir la revision del juicio, despues del proceso; los sostenian en esta opinion todos aquellos miembros de la Convencion, que sin pertenecer á ninguno de los dos partidos beligerantes, querian negar á la cruel venganza de la república una sangre que no se creian con derecho á derramar, y de la que aquella no estaba sedienta. Sus

discursos, acogidos mientras los pronunciaban por los sarcasmos y los gestos amenazadores de las tribunas, se perdian en el clamor general; pero debian hallar mas tarde un eco honroso para su nombre en la conciencia del pueblo mismo cuando ya estuviese tranquila. Esperar es toda la venganza de la verdad.

XXI.

Al votar la muerte como castigo de los crímenes de Luis XVI, Buzot reservó tambien la apelacion al pueblo. «Estais colocados entre dos escollos, lo sé, dijo á sus colegas: si rehusais la apelacion al pueblo, tendreis un movimiento en los departamentos contra la ejecucion de vuestra sentencia; si la concedeis, habrá un movimiento en París, y los asesinos intentarán degollar sin vosotros á la víctima: pero el que los malvados puedan asesinar á Luis XVI, no es una razon para que nosotros aceptemos la responsabilidad de su crimen. En cuanto á los ultrajes, que en este caso nos alcanzarían, aunque yo debiese ser la primera víctima de los asesinos, no me faltará valor para decir la verdad, y tendré al morir la esperanza de que mi muerte será vengada. ¡Hombres justos! dad vuestro voto en conciencia respecto á Luis, y así llenareis vuestro deber!»

En otro discurso Robespierre acusó á los girondinos que atentaban perpetuar el peligro de la patria, prolongando un proceso, que querian hacer fallar por cuarenta y ocho mil tribunales. Despues dejando la cuestion para coger cuerpo á cuerpo á sus enemigos, y volver contra ellos la indulgencia que mostraban por el tirano, exclamó al concluir «¡Ciudadanos! os ha dicho una grande verdad el que os dijo ayer que marchábais á la disolucion de la Asamblea por la calumnia; ¿necesitais mas pruebas que

esta discusion? ¿no es evidente que no es á Luis XVI á quien se forma causa, sino á los mas ardientes defensores de la libertad? se clama contra la tiranía de Luis XVI? No, sino contra la pretendida tiranía de un pequeño número de patriotas oprimidos. ¿Son los complots de la aristocracia los que se denuncian? No; es la llamada dictadura de no sé qué diputados del pueblo que están ahí prontos á contemporizar con la tiranía. Se quiere conservar al tirano para oponerle á los patriotas sin poder ¡pérfidos! ¡disponen de toda la autoridad pública, de todos los tesoros del Estado, y nos acusan de despotismo! no hay un punto en la república donde no nos hayan infamado: agotan el tesoro público para difundir sus calumnias, violan el secreto de la correspondencia para detener toda la de los patriotas, y gritan ¡Calumnia! Sí, sin duda ciudadanos existe un proyecto de envilecer y quizá de disolver la Convencion con motivo de este proceso: existe este proyecto, no en el pueblo, no en aquellos, que como nosotros lo han sacrificado todo á la libertad, sino en una veintena de intrigantes que hacen mover estos resortes, que guardan silencio, que se abstienen de manifestar su opinion sobre el último rey, pero cuya sorda y perjudicial actividad produce todos los tumultos, que nos agitan. Pero ¡consolémonos! la virtud siempre estuvo en minoría sobre la tierra. (La Montaña se levanta con entusiasmo y los aplausos de las tribunas interrumpen largo tiempo á Robespierre)... La virtud estuvo siempre en minoría sobre la tierra... y ¡sin ella estaria la tierra poblada de tiranos y esclavos! Hampden y Sidney eran de la minoría porque espiraron en un cadalso. Los Césares y los Clodios eran de la mayoría; pero Sócrates de la minoría porque bebió la cicuta: Caton, de la minoría, porque desgarró sus entrañas. Yo conozco muchos hombres aquí que servirían la libertad del modo que Hampden y Sidney (Aplausos en las tribunas). Pueblo, continua Robespierre, evitanos al menos esta especie de

desgracia, guarda tus aplausos para el día que hayamos hecho una ley útil á la humanidad; no ves que aplaudiéndonos das á nuestros enemigos pretextos de calumnia contra su causa sagrada que nosotros defendemos? ¡Ah! huye del espectáculo de nuestros debates; quédate en tus talleres; lejos de tu vista no combatiremos menos por tí; y cuando el último de tus defensores haya perecido, entonces véngale si quieres y encárgate tú mismo de hacer trinar... tu causa ¡Ciudadanos, cualesquiera que seais, velad en torno del Temple! ¡Detened, si es necesario, la pérfida malevolencia! ¡Confundid los complots de vuestros enemigos! ¡Fatal depósito! continuó con un gesto de desesperación, ¿no era bastante que el despotismo hubiese pesado tanto tiempo sobre la tierra? ¿Es necesario que su custodia sea para nosotros otra calamidad?»

Robespierre calló, dejando en los ánimos el último dardo que había lanzado, y la impaciencia de terminar con una muerte pronta la situación que pesaba sobre la república.

XXII.

Vergniaud, cuyo silencio había acusado bien terminantemente Robespierre, Vergniaud decimos, estaba indeciso entre el temor de producir disensiones irreconciliables, y el horror que le inspiraba el inmolar á sangre fría un rey á quien había abatido. Este orador no concedía nada á la emoción, nada á la ambición ni al miedo. Tenía en sí aquel poder de genio que se eleva hasta la imparcialidad y lo veía todo bajo el punto de vista de la posteridad. Cedió en fin á las súplicas de sus amigos, á la urgencia del próximo suplicio, al grito de su sensibilidad y pidió la palabra; la atención pública le preparaba los ánimos, y las tribunas, aunque vendidas á Robespierre, sentían al menos una especie de emoción involuntaria

con la voz de su rival. París palpitaba con la impaciencia de oír á Vergniaud. Mientras este guardó silencio, se creía que grandes cosas estaban por decir.

Después de haber demostrado que el poder de la Convención no era mas que una delegación del poder del pueblo; que si la retificación tácita de la nación sancionaba los actos secundarios de gobierno y administración no sucedía lo mismo con los grandes actos constitucionales, para los que el pueblo se reservaba el ejercicio directo de su soberanía: después de haber probado que la condenación ó la absolución, el suplicio ó la gracia del jefe del antiguo gobierno era uno de estos actos esenciales de soberanía que la nación no podía enagenar; en fin, después de haber hecho resaltar lo inútil de las objeciones que se oponían á las Asambleas primarias á quienes se diferiría la apelación al pueblo, el orador girondino se volvió con todo el poder de su dialéctica y de su pasión contra Robespierre.

«Os dicen que la intriga salvará al rey porque la virtud nunca tiene mayoría en la tierra. Pero Catilina fué una minoría en el senado romano, y si esta minoría insolente hubiese prevalecido, ¿qué hubiera sido de Roma, del senado y de la libertad? También en la Asamblea constituyente, Cazalés y Maury fueron una minoría, y si esta minoría mitad aristocrática, mitad sacerdotal hubiese conseguido ahogar la mayoría, no se hubiera hecho la revolución, y vosotros os arrastraríais aun á los pies de ese rey, que solo tiene de su pasada grandeza los remordimientos de haber abusado de ella. Del mismo modo los reyes que están en minoría sobre la tierra; y para encadenar los pueblos dicen, como vosotros, que la virtud está en minoría. Así en el pensamiento de aquellos que emiten esta opinión, no hay en la república nombres verdaderamente puros, verdaderamente virtuosos, ni verdaderamente adictos al pueblo, mas que ellos mismos y un centenar de sus amigos, que tendrán la generosidad

de asociarse á su gloria. De modo que para que ellos puedan fundar un gobierno digno de los principios que profesan, seria necesario desterrar del territorio francés, todas aquellas familias, cuya corrupcion es tan profunda; cambiar la Francia en un vasto desierto, y para su mas pronta regeneracion y su mayor gloria, entregarla á sus sublimes concepciones? Se creyó seria muy fácil disipar todos estos fantasmas con que se nos quiere intimidar. Para atenuar de antemano la fuerza de las respuestas que se preveian, se recurrió al mas vil, al mas cobarde de los medios; á la calumnia. Nos comparan á los Lameth, á los La Fayette, y á todos aquellos cortesanos del trono, que tanto hemos ayudado á derribar: nos acusan, y ciertamente no me admiro, porque hay hombres de quienes cada soplo es una impostura, como es natural á la serpiente vivir solo para destilar su veneno: nos acusan, nos denuncian como hacian el 2 de setiembre, al hierro de los asesinos; pero nosotros subemos que Tiberio Graco pereció á manos de un pueblo extraviado, á quien constantemente habia defendido. Nada hay en su suerte que nos asuste, nuestra sangre pertenece al pueblo, Derramándola por él solo nos quedará un sentimiento; el de no poder ofrecerle mas.

Se nos acusa de que intentamos encender la guerra civil en los departamentos, ó á lo menos de provocar tumultos en Paris, sosteniendo una opinion que desagradaba á ciertos amigos de la libertad: pero ¿por qué una opinion podria escitar tumultos en Paris? Porque esos amigos de la libertad amenazan de muerte á los ciudadanos que tienen la desgracia de no raciocinar como ellos? ¿Nos querrán probar de este modo que la Convencion nacional es libre? Habrá desórdenes en Paris, y sois vosotros los que los anunciáis, ¡Admiro la sagacidad de semejante profecía! ¿No os parece, en efecto muy difícil, ciudadanos, que pueda predecir el incendio de una casa, el mismo que lleva la tea que debe abrasarla?

Si, quieren la guerra civil los hombres que miran como un principio el asesinato, y que al mismo tiempo designan como amigos de la tiranía las víctimas que su odio quiere inmolarse. Desean la guerra civil, los hombres que dirigen los puñales contra los representantes de la nacion, é invocan la insurreccion contra las leyes. Quieren la guerra civil los hombres que piden la disolucion del gobierno, el esterminio de la Convencion; aquellos que proclaman traidor á todo el que no está á la altura del pillage ó del asesinato. Os entiendo, quereis reinar; vuestra ambicion era mas modesta el día del Campo de Marte. Entonces redactábais y hacíais firmar una petición que tenia por objeto consultar al pueblo sobre la suerte del rey, traído de Varennes. Nada os era costoso entonces para reconocer la soberanía del pueblo. ¿Seria porque favorecia vuestras miras secretas y hoy las contraría? ¿No existe para vosotros mas soberanía que la de vuestras pasiones? ¡Insensatos! ¿Habeis podido figuraros que la Francia ha roto el cetro de los reyes, para inclinar la cabeza bajo un yugo tan deshonroso?...

«Yo sé que en las revoluciones debe cubrirse la estatua de la ley que protege la tiranía, que es preciso ocultar. Cuando cubrais la que consagra la soberanía del pueblo, principiareis una revolucion en provecho de sus tiranos; se necesitaba valor para atacar el 10 de agosto á Luis en todo su poder! ¿Se necesita tanto para enviar á Luis al suplicio vencido y desarmado? Un soldado cimbrío entra en la prision de Mario para degollarle; asustado al ver su víctima, huye sin atreverse á herirla. Si este soldado hubiese sido miembro de un senado, ¿creéis que hubiese dudado en votar la muerte de un tirano? ¿Qué valor encontráis en hacer lo que haria el mas cobarde? (Aplausos.)

«Amo demasiado la gloria de mi pais para proponer á la Convencion se deje dominar en una ocasion tan solemne, por la consideracion de lo que podrán ó dejarán

de hacer las potencias extranjeras; sin embargo, á fuerza de oír decir que nosotros obrábamos en este juicio como poder político, creí que no sería contrario ni á vuestra dignidad, ni á la razon hablar un momento de política. Sea que Luis XVI viva ó muera, es posible que la Inglaterra y la España se declaren nuestros enemigos; pero si la sentencia de Luis XVI no es la causa de esta declaración de guerra, es cierto á lo menos, que su muerte será el pretexto. Creo que vencereis estos nuevos enemigos, así me lo garantizan el valor de nuestros soldados y la justicia de nuestra causa. ¿Mas qué reconocimiento os deberá la patria por haber hecho correr innecesariamente arroyos de sangre sobre el continente y sobre los mares, y por haber ejercido en su nombre un acto de venganza, que ha venido á ser la causa de tantas calamidades? Os atreveríais á ensalzar ante el país vuestras victorias, porque yo alejo de mi pensamiento los desastres y los reveses: pero por el curso de los acontecimientos aun mas prósperos, serán vanas por sus resultados: temed que la Francia en medio de sus triunfos, no se parezca á aquellos monumentos famosos que en el Egipto han vencido al tiempo. El extranjero al pasar se admira de su grandeza; pero ¿si penetra en ellos qué encontrará? Cenizas inanimadas y el silencio del sepulcro: ¡ciudadanos! aquel que entre nosotros cediese á temores personales sería un cobarde, pero los temores por la patria honran el corazón: os he espuesto una parte de los míos, aun tengo otros y voy á deciros.

«Cuando Cromwell quiso preparar la disolución del partido, en cuyo apoyo habia derribado el trono y hecho subir sobre el cadáver á Carlos I., presentó al parlamento á quien queria arruinar, proposiciones insidiosas sabias bien debian conmover la nacion; pero tuvo cuidado de hacerlas apoyar por aplausos pagados y por gritos. El parlamento cedió; bien pronto la fermentacion se hizo general, y Cromwell rompió sin esfuerzo el instrumen-

to de que se habia servido para llegar al supremo poder.

«No oís todos los dias en este recinto y fuera de él gritar á algunos hombres furiosos: Si el pan está caro la causa está en el Temple; si el numerario escasea, si nuestros ejércitos están mal provistos, la causa está en el Temple; si tenemos que sufrir diariamente el espectáculo del desorden y de la miseria pública, la causa está en el Temple?—Los que hablan de tal modo saben bien que la carestía del pan, la falta de la circulacion de subsistencias, la desaparicion del dinero, la dilapidacion en los recursos de nuestros ejércitos, la desnudez del pueblo y de nuestros soldados, tienen otras causas. ¿Cuáles son sus proyectos? ¿Quién me garantiza que esos hombres no gritarán despues de la muerte de Luis aun con mayor violencia: Si el pan está caro, si el numerario escasea, si nuestros ejércitos están mal provistos, si las calamidades de la guerra se han aumentado por haberla declarado la Inglaterra y la España, la causa está en la Convencion que ha provocado estas medidas, condenando precipitadamente á Luis XVI? ¿Quién me garantiza que en esta nueva tempestad, en la que se verán volver á salir de sus madrigueras los asesinos del 2 de setiembre, no se os presentará todo cubierto de sangre y como un libertador, ese defensor, ese gefe que se dice haberse hecho necesario? ¡Un gefe! ¡ah! si tal fuese su audacia, no aparecerian sino para ser en el momento heridos de mil golpes; pero ¿á qué horrores no quedaria entregado París? París, cuyo valor heroico contra los reyes admirará la posteridad, y no concebirá nunca la ignominiosa sujecion á un puñado de bandidos, escoria de la especie humana, que se agita en su seno y le destrozan en todos sentidos con los movimientos convulsivos de su ambicion y de su furor. ¿Quién podria habitar una ciudad, donde reinasen la desolacion y la muerte! Y vosotros, laboriosos ciudadanos, cuyo trabajo constituye toda vuestra riqueza,

y para quienes los medios de trabajo se destruirian, ¿qué sería de vosotros? ¿Cuáles vuestros recursos? ¿qué manos llevarian socorros á vuestras familias desoladas? ¿Iriais á buscar esos falsos amigos, esos pérfidos aduladores que os habrian precipitado en el abismo? ¡Ab! antes bien huid de ellos, temed su respuesta; voy á deciroslo:—Marchad á las canteras á disputar á la tierra algunos pedazos sangrientos de las victimas que hemos degollado. ¿O que-reis sangre? Tomadla, vedla aqui: sangre y cadáveres, no tenemos otro alimento que daros.—Temblais, ciudadanos, ¡oh patria mia! ¡pido acta á mi vez, para salvarte de esta crisis deplorable!

«Pero no; jamás lucirán sobre nosotros esos días de luto; son cobardes estos asesinos, son cobardes nuestros pequeños Marios. Conocen bien, que si se atreviesen á intentar una ejecución de sus complots contra la seguridad de la Convencion, París saldria al fin de su apatia; que todos los departamentos se reunirian á París para hacerles espiar las maldades con que ya han manchado demasiado la mas memorable de las revoluciones. Lo saben y su cobardía salvará la república de su encono: estoy seguro al menos, que la libertad no está en su poder; que teñida de sangre, pero victoriosa, hallaria un imperio é invencibles defensores en los departamentos. Pero la ruina de París, la division en gobiernos federativos, que sería el resultado de ello, todos estos desórdenes mas probables que las guerras civiles con que nos amenazan, ¿no merecen ser colocados en la balanza en que pesais la vida de Luis? En todo caso declaro, cualquiera que sea el decreto dado por la Convencion, que miraré como traidor á la patria al que no se someta á él. Que si en efecto la opinion de consultar al pueblo vence, y los sediciosos levantándose contra este triunfo de la soberanía nacional, se ponen en estado de rebelion: he ahí vuestro puesto, he ahí el campo donde esperareis sin temor á vuestros enemigos.»

Este discurso pareció por un momento que habia ar-
rancado á la Convencion la vida de Luis XVI.

Faucher, Condorcet, Petion y Brissot, separaron con la misma generosidad al hombre del rey, la venganza de la victoria, é hicieron resonar á su vez acentos dignos de la libertad. Pero al dia siguiente de estas arengas, la libertad no oia mas que sus terrores y sus resentimientos. Los mas sublimes discursos no resonaban sino en la conciencia de algunos hombres tranquilos. La muchedumbre ahogaba la voz de la razon. Volvamos al Temple.